

EL PIE HUMANO EN EL ARTE. SÍMBOLOS, MITOS, DICHOS Y REFRANES (I)

ÁNGEL FERNÁNDEZ DUEÑAS
ACADÉMICO NUMERARIO

INTRODUCCIÓN

Cuando, hace quince años, fui promovido a numerario de esta Real Academia, leí mi discurso de ingreso, titulado *Aproximación a una antropología de la mano. Las manos del médico*, que una vez publicado en nuestro Boletín, hice llegar, entre otras personas, a mi tío don Antonio Luna Fernández, ex alcalde de Córdoba y médico de la ya extinta Beneficencia Provincial, a la sazón, reducto de las figuras más representativas de la medicina cordobesa, pero, sobre todo, en lo que a mí concierne, uno de mis primeros maestros en el ejercicio de la especialidad, allá en el antañón y añorado Hospital de Agudos.

Él, hombre afable y con un envidiable sentido del humor, se encontraba, ya cerca de los noventa años, confinado en una silla de ruedas pero con una mente tan aguda y despierta como en sus mejores años. Cuando hubo recibido la separata de mi discurso, me telefoneó para felicitar me, tanto por mi reciente nombramiento como por el citado trabajo de presentación, al que ponderó enormemente, con cierta exageración, nacida de la simpatía y el cariño que me profesaba.

En el curso de nuestra conversación telefónica sobre la mano y las manos del médico, haciendo gala de esa socarronería y fino humor que siempre le caracterizaron, sacando chistes al paio de la vida diaria – algunos vividos por mí y que aún se cuentan en reuniones médicas, más o menos deformados- me dijo:

Niño, a ver cuándo te acuerdas de los pies, porque para escritores y poetas, parece que no existen; como los míos..., aludiendo y aplicándose el chiste a sí mismo, a su incapacidad para deambular.

Un poco en broma y bastante en serio, le prometí que algún día habría de escribir algo sobre los pies y que dicho trabajo iría a él dedicado. A partir de ese momento, comencé la fase heurística de forma intermitente y siempre aplazada, acopiando datos, guardando recortes de periódicos y revistas, hojeando libros, hasta ir conformando, poco a poco, un archivo de casi cuatrocientas fichas.

Cuando al principio del pasado verano ordenaba papeles, últimamente tan desordenados a causa de sucesivas mudanzas, apareció el fichero, releí las fichas y tomé la determinación, al fin, de ponerme manos a la obra.. Y esta obra, mucho más laboriosa de lo que yo pudiera pensar cuando prometí realizarla, ya tiene forma y ya está dedicada. Para ti, tío Antonio.

ACEPCIONES DEL VOCABLO *PIE*

Al comenzar a redactar estas líneas soy consciente que, tanto el fondo como la forma de este trabajo, no puede asemejarse al de las manos que él tanto ponderara; no puede tener la misma carga poética, ni la profundidad metafísica ni las elucubraciones filosóficas de aquél, ni tan siquiera, de entrada, presenta fácil posibilidad de incardinar mi profesión médica con mi vocación humanística, porque el pie humano, *última parte de la extremidad inferior del hombre, que asienta en el suelo y le sirve para sostenerse y andar*, como revela su definición, poco juego parece dar para deslizarse por derroteros poético-literarios o histórico-artísticos, aunque sea cosa de intentarlo.

Sí que es verdad que el término *pie*, globalmente considerado, tiene un mayor número de acepciones que la propia mano; véanse si no a vuelapluma, una serie de definiciones bien conocidas:

Base o bases sobre las que se mantiene el cuerpo de una cosa.

Parte inferior de una cosa sobre la que está lo demás.

Medida de longitud.

Espacio en blanco que queda en la parte inferior del papel, después de terminar un escrito.

Parte, especialmente la primera, sobre la que se forma una cosa.

Parte opuesta, en algunas cosas, a lo que es principal en ella, que se llama cabecera.

Lo que sirve de fundamento, principio y como escalón para adquirir una cosa.

Efectivamente, las múltiples acepciones del vocablo *pie*, aparte de las citadas, podemos encontrarlas pródigamente, en ramas de la ciencia tan diferentes como Anatomía, Zoología, Botánica, Agricultura, Náutica, Meteorología, Geografía y Topografía, así como en tratados de Música e incluso Religión, cuando citan a una secta anabaptista del siglo XVI que se denominó *pies descalzos espirituales*.

Pero mi intención, por supuesto, es tratar única y exclusivamente del pie humano, con alguna pretensión más de la que ofrece la definición de hombre, que nos proporciona Diógenes Laercio: animal bípedo sin plumas, que bien pudiéramos parangonar con el refrán castellano "*¿Quieres decir al necio lo que es? Dile bestia de dos pies*". Voy a intentar reivindicar este concepto tan peyorativo como injusto.

IMPORTANCIA DEL PIE

De la importancia del pie no hay duda en la escala del desarrollo filogenético, tanto que para el médico y antropólogo alemán Hermann Klaatsch, el pie es más peculiarmente humano que la mano, simplemente por la disposición del primer dedo, que en la fase embrionaria aún presenta reminiscencias de la oposición a los demás, pero que, completado el desarrollo y constituido en su forma definitiva, peculiarmente humana, nos permite asegurar que el pie no es consecuencia, sino precedente necesario de la marcha erguida humana, que tuvo que contar previamente, además, con el traslado del centro de gravedad hacia atrás por la inflexión del talle, o sea, con la constitución de la lordosis fisiológica dorso-lumbar.

En línea con la teoría evolucionista de las especies, Klaatsch cree poder explicar el origen del pie humano por la necesidad que tuvieron los primeros homínidos de preparar a árboles aislados, sin ramas, ante algún peligro imprevisto, en cuyo ejercicio el pie trabajaba como un todo, bien amoldándose al tronco con el hueco de la planta como

ventosa, impulsándose fundamentalmente en su borde interno, si el árbol no era muy grueso, o apoyándose en las cabezas de los metatarsianos, en troncos de mayor calibre.

Claro que siempre seguirá planteándose la misma pregunta sin determinante respuesta: entre la mano y el pie ¿qué fue antes? Los defensores del evolucionismo piensan que en tiempos remotos, cuando un ser medio mono y medio hombre, acostumbrado a caminar a cuatro patas (¿o a cuatro manos?), pudo levantarse sobre sus miembros inferiores (¿o posteriores?) para mantener una actitud erguida, tenía por fuerza que disponer, previamente, de unos pies, ya aptos para soportar todo el peso del cuerpo y mantener el equilibrio, de manera que pudiera utilizar las manos. Más, por otra parte, si no disponía ya de unas manos aptas ¿para qué necesitaba erguirse? Aquí el círculo de especulaciones se cierra y vuelve a comenzar.

El pie sirve, casi exclusivamente, para sostener el cuerpo y para andar, pues la relativa aptitud de asir con él, no es comparable a la de los monos antropomorfos. Podríamos decir que, en parte, el pie humano conserva un estado más primitivo que los primates, como lo demuestra el mayor desarrollo del primer dedo con respecto a los demás y que, a la vez, es mucho más diferenciado si reparamos en el empeine, más desarrollado y en la modificación del radio interno, en posición casi paralela a los demás.

En definitiva, la diferencia del hombre y el simio, es mayor en los pies que en las manos, puesto que las cuatro extremidades del mono, finalizan en unas manos que se asemejan a la humana, aun careciendo de la oposición del pulgar, aptas para asir objetos y poder desplazarse por los árboles, en tanto que un pie magníficamente conformado en su planta y con una disposición adecuada para sostener todo el peso del cuerpo, sólo lo encontramos en la especie humana aunque podamos constatar cierta semejanza en el gorila.

UTILIZACIÓN DEL VOCABLO *PIE* EN EL LENGUAJE POPULAR

Planteada así la cuestión, reparamos en la importancia de nuestros pies, ahora no por su determinante función de sostén y desplazamiento, sino por lo que significan en la diaria comunicación y en la expresión de muchos momentos y situaciones de nuestro cotidiano vivir.

Para ello, vamos a realizar un recorrido por refranes y dichos populares, referidos al pie, no sólo como pieza anatómo-fisiológica, sino basándonos también en muchas de las acepciones que dicho vocablo posee; a este respecto, no obstante, únicamente consideraremos aquellas que aun de forma figurada, tengan un verdadero sentido antropológico.

Y comenzando con las últimas citadas, comprobamos un sentido de **principio**, cuando para referirnos al comienzo de una empresa difícil, decimos encontrarnos *al pie de una cuesta*; e intuimos **cercanía**, al oír *a pie de obra*; **exactitud**, definida por *al pie de la letra*; **constancia**, con la frase *al pie del cañón* y **despropósito**, si decimos *salida de pie de banco*.

Dar pie, nos da sentido de **motivación**; *estar en pie una cosa*, revela **compromiso** y cuando *queda en pie* cualquier asunto, queremos decir **aplazamiento**.

El refrán americano *al pie del coco, se bebe el agua*, nos indica la necesidad de **aprovechar la ocasión** cuando se nos presente y *dejar a alguien a los pies de los caballos* nos habla de **despreocupación** cuando no de **menosprecio**.

Desde el punto de vista puramente humano, los dichos y frases que se refieren al pie, hacen referencia a mil y un aspectos de la vida cotidiana.

Metafóricamente, **partir, viajar**, es *tener un pie en el estribo* y un sentido de **llega-**

da pudiera ser la expresión *echar pie a tierra*.

Más bella metáfora aún es el recurso semántico que utiliza Isaías (52-7), ponderando la belleza de los pies del mensajero, por el hecho de traer buenas noticias: “..; *Que hermosos son, sobre los montes, los pies del mensajero que anuncia la paz!*..”.

Y **descanso** se infiere del refrán *barriga caliente, pie durmiente* y más aún, de *el pie en el lecho y el brazo en el pecho*, postura ideal para el reposo y cura de los miembros enfermos, como tremendo **cansancio** se desprende de los dichos *no poder con los pies, no poder ponerse en pie, no saber dónde poner los pies o no tenerse en pie*, situación esta última que, incluso, puede dar lugar a una **caída**, expresada como *fallar los pies*.

Comprobamos la equivalencia de **límite** cuando se ha tenido la suerte de *hacer pie*, o sea, llegar con los pies al fondo de un lodazal, sin que el agua y el barro rebasen la barbilla; lo contrario, *perder pie*, seguro que nos obligaría a agradecer al buzo ocasional por *habernos sacado el pie del lodo*, o sea, ampliando el concepto, **librarnos de un peligro**, quizá vital, agradecimiento que se refrendaría absolutamente, en la frase que le dedicaríamos: *has sido mis manos y mis pies*, que indica en este caso, mucho más que metafóricamente, habernos prestado una inestimable **ayuda**.

Y es que, *del pie a la mano, la lía el más santo*; o sea, en un **instante** puede producirse cualquier tragedia; claro que, si uno *ha nacido de pie*, o *cae de pie*, o ese día se levantó *con buen pie* o *con pie derecho*, no le sucederá nada, porque la **suerte** será su aliada. Otra cosa sería *andar de pie quebrado*, o sea, preso de la **desgracia** y ante la comprometida situación, llegar al extremo de *tener un pie aquí y otro allá* o *un pie en la sepultura* o *verle los pies a la “malilla”*, como se dice en nuestra tierra ante un **peligro de muerte** y, sabe Dios si esa mala suerte, hubiera propiciado la trágica situación de *ir con los pies por delante*.

Siguiendo con el símil del frustrado ahogamiento, mal nos hubiera ido a cualquiera de nosotros, si a nuestra demanda de socorro, hubiéramos escuchado esta insultante admonición: *Al andaluz, hazle la cruz; al sevillano, con toda la mano; al cordobés, con manos y pies*, como queriendo hacernos portadores de **mal fario**.

Porque, *írsele los pies a uno*, o sea la **imprudencia**, no es buena en ninguna ocasión, antes bien, es preferible **actuar con cuidado**, o lo que es lo mismo, *andar con pies de plomo*; hacer nuestro, el sentir del refrán que dice, *quebrarme el pie, quizá para bien*, que nos marca la **prudencia** que hemos de observar, no sólo para evitar peligros, sino también a la hora de tomar una decisión ante cualquier disyuntiva que se nos presente, en definitiva, *tener el pie en dos zapatos*.

Claro que, ante esta tesitura, podemos escoger mal, sea por **equivocación**, **torpeza** o **ignorancia**; es posible que en el momento de la elección, *no demos pie con bola, ni pie ni patada* y, sin quererlo, *demos un mal paso*. Peor sería, evidentemente, que el que decide sea tan torpe que *escriba con los pies* o tan ignorante y tan zafio, que *ande a cuatro pies* y sea *cerrado como pie de mulo*; por tanto, el equivocado, **comparándose** con el torpe y con el ignorante, siempre tendrá la satisfacción de comprobar que éstos *no le llegan ni al pie* y siempre les **aventajará**, o sea, *les echará el pie delante*; el equivocado, además, sabe *de qué pie cojea* el ignorante y que por **semejanza**, *cojea del mismo pie* que el torpe y que, tanto uno como otro, por su limitación e incultura, más de una vez, a causa de su **mala memoria**, tendrán que atenerse al dicho de que *quién no tiene cabeza, tiene pies*.

Por otro lado, hay personas **descaradas** a las que *se les da el pie y se toman la mano*, propasándose sin explicación ni fundamento; entonces, además de pensar que el tal individuo *tiene la cara más dura que el pie de un santo* o *que la pata de un paso*, lo procedente, como reacción de **hombria**, del que *se viste por los pies*, sería hacerle ver

que estaba *metiendo la pata*, e incuestionablemente, como última **reacción**, *poner pies en pared y pararle los pies*, pero hacerlo con **orden**, con *buen pie* y no *sin pies ni cabeza*, actitud que podría transformar una confrontación puramente dialéctica, en franca y mutua agresión; si esto sucediera, lo ideal para los dos contendientes sería *irse por su pie*, o sea, **retirarse indemnes**.

Porque, es obvio, no hay que **complicarse** la vida, no *buscarle tres pies al gato*, porque, si tal se hace, más de una vez seremos presa de la **inquietud** y las circunstancias o algunas personas *no nos dejarían sentar el pie en el suelo*, a fuer de **acoso** e insistencia.

Dentro de la interminable relación de refranes dedicados a la Medicina y los médicos, no son pocos los que utilizan el término *pie*. Uno de ellos, *pies fríos, corazón caliente*, en absoluta equivalencia con el que se refiere a las manos, quiere revelar la hipotética relación entre la frialdad de unos y otras y el ardor pasional. Ello nos llevaría a una más profunda controversia, ya que la mano fría, muchas veces corresponde a la llamada “mano hipogenital”, típica de individuos eunucoides, según afirmaba Marañón.; verdadero o no, es un dicho popular escuchado hasta la saciedad.

Más ciertos son los refranes que se ocupan de la **vejez** como limitación y, al fin y al cabo, como esbozo de enfermedad, o, al menos, como disturbio vital. Dos son los aspectos en los que se centra el saber popular para definir la senectud, las alteraciones de la micción y la dificultad en la deambulación; entre las primeras, es archiconocida la comparación *ser más viejo que mear de pie* y absolutamente demostrativa, la convicción última: *cuando el viejo se mea en los pies, para las mozas no es*, que en el aspecto locomotriz, sentencia: *Canas y dientes, son accidentes; arrastrar los pies, eso es vejez*.

Hay refranes médicos que se refieren a la **profilaxis**, ante los que hay que aclarar previamente, que casi todos ellos proceden de épocas algo distantes y muy diferentes de la medicina actual; tal sucede con el sentido de *lavarse los pies menstruando, es la mortaja ir labrando*, tan presente en las mentes, no ya de nuestras abuelas, sino de nuestras propias madres, aseveración no sólo falsa sino también propiciadora de una absoluta y nociva falta de higiene.

Otros, aunque quizá algo exagerados, podemos darlos por certeros; tal es el caso de *no comas crudo ni andes con pie desnudo*, o, *si quieres que tu hijo crezca, lávale los pies y rápale la cabeza*, o este otro, *pies calientes, culo corriente y orina clara, aunque la Medicina no se inventara*. El último refrán escogido, no sólo es certero sino también premonitorio: *quién pone un pie en el lupanar, pone el otro en el hospital*; hoy, desgraciadamente, “el otro pie”, a menudo, se pone mucho más allá.

Dentro de los refranes “profilácticos” y referidos exclusivamente al pie enfermo y su conflicto con el calzado, nos encontramos con múltiples citas, como *a pies tuertos, dadle zuecos, a pie dañado, zapato viejo, o zapato roto o sano, más vale que el pie en la mano*.

Referente a la **exploración clínica** y con la aviesa intención de ridiculizar la impericia de determinado galeno, hay un refrán comarcano que dice: *El físico de Orgaz que cataba el pulso en el calcañar*, o sea, en el talón, aunque el tal físico no andaba lejos de pulsar las arterias tibial posterior y pedia, ambas en el pie o sus aledaños, con cuya actuación hubiera dado un rotundo mentís a sus detractores.

En cuanto al **diagnóstico**, existen verdaderas joyas, entre las que son dignas de citar *tener un pie en el estómago*, para referirse a la **indigestión** y *tener el pie dormido*, que define la **parestesia**; la **patología vascular cerebral**, es expresada por el pueblo llano con refranes como *cuando la cabeza se pierde, los pies mal sostienen* y la frecuente y eterna **cefalea** encuentra en la frase latina “*si caput dolens, omnia membra languent*”,

su equivalente castellano, *cuando la cabeza duele, los pies mal sostienen*; por fin, los ruidos intestinales o **borborignos**, se definen con este acertado retruécano: *tripas llevan pies, que no pies tripas; por eso la danza sale de la panza*.

No quiero terminar este apartado sin citar tres acepciones muy especiales, relacionadas con el pie, utilizadas repetidamente en el Antiguo Testamento, posiblemente con la intención de encubrir de forma decorosa, ciertas palabras malsonantes; éstas y otras acepciones que irán apareciendo a lo largo de este escrito, todas procedentes de la Biblia, siempre van cargadas de un sentido metafórico, alegórico o eufemístico.

Eufemismo es, en efecto, sustituir el vocablo **pene** por el término *pie* y metáfora evidente se da en las frases *cubrir los pies* y *lavar los pies*, para referirse, respectivamente a **defecar** y efectuar el **coito**.

En cuanto a la correlación pie-genitales, encontramos estas ocasiones:

“..Alrededor del solio estaban los serafines; cada uno de ellos tenía seis alas; con dos, cubrían sus rostros y con dos cubrían sus pies y con dos volaban..” (Isaías, 6, 2).

“..En aquel día, el Señor, por medio de una navaja alquilada, esto es, por medio de aquellos que habitan en la otra parte del río Eúfrates, por medio el rey de los asirios, raerá todas las cabezas, todo el vello de los pies y todas las barbas..” (Isaías, 7, 20).

Pero, quizá, el fragmento más interesante sea éste, alusivo a Moisés, que al haber sido criado en Egipto, no estaba circuncidado, por lo que se atrajo la cólera de Yahvé; para conjurarla, su esposa Seforá circuncida a su hijo y toca el pene de Moisés con la sangre del prepucio cortado al niño, queriendo simular una circuncisión:

“..Cogió al momento Seforá un pedernal muy afilado y circuncinó a su hijo y tocando con la sangre los pies de Moisés, le dijo: Tú eres para mí, esposo de sangre/ Y el ángel le dejó estar, luego que hubo dicho ella con motivo de la circuncisión que hizo: Eres para mí, esposo de sangre..” (Éxodo, 4, 25-26).

Cubrir los pies tiene en la Biblia el escatológico significado de **defecar**, como vemos en estos versículos del *Libro de los reyes* y del *Libro de los jueces*, respectivamente:

“..Y llegó a unas majadas de ovejas que encontró en el camino. Había allí una cueva donde entró Saúl a cubrir sus pies..” (Reyes, I, 24, 4).

“..Se salió por una puerta excusada. Y entrando los criados del rey y viendo cerradas las puertas del aposento, dijeron: Tal vez está cubriendo sus pies en la habitación de verano..” (Jueces, 3, 24).

Por fin, la realización del **coito**, es descrito por Samuel con el significado de *lavar los pies* cuando refiere la relación ilícita de David con Betsabé en ausencia de su marido Urías, enviado a guerrear por el propio rey; para intentar justificar el embarazo de la mujer, cuando regresa el marido, David le incita para que vaya a su casa y se acueste con su esposa: *“..Después dijo David a Urías:/ Vete a tu casa y lava tus pies..”* (Reyes, 11, 8).

EL PIE EN EL ARTE

Tras haber repasado estas analogías, definiciones y metáforas, estas últimas bien curiosas por cierto, vamos a adentrarnos en una imaginaria galería de pies humanos, representados en el arte de todos los tiempos, analizándolos en lo posible, tanto desde el punto de vista de su mayor o menor perfección, incluso de su patología, como en el contexto general de lo que la representación artística representa, intentando además, establecer paralelismos y alegorías con distintas y variadas situaciones psicológicas y culturales.

Comenzaremos exponiendo las distintas *fórmulas digitales* que puede presentar un pie humano. Son tres y según su configuración, se distinguen un *pie cuadrado*, un *pie egipcio* y un *pie griego*.

El *pie cuadrado* se denomina así porque los cinco dedos son de similar tamaño y están a la misma altura; su incidencia representa sólo un 9% de la población y en el Arte lo vemos representado, sobre todo, en las antiguas culturas precolombinas—azteca, maya, inca— en la etrusca, incluso en la egipcia y también, mucho más próximamente en el tiempo, en las pinturas post-impresionista, cubista y *naif*.

Un verdadero antepié cuadrado es el que podemos ver en la representación escultórica, llamada *El escriba sentado*, que parece corresponder a un alto dignatario de la V Dinastía, llamado Kai. Y en *El luchador olmeca*, una de las más famosas piezas del México antiguo, o en el pie del varón de *Los esposos de Cerveteri*, verdadera joya del arte funerario etrusco.

Más adelante, a principios del siglo XVI y como una verdadera excepción, el suizo Niklaus Manuel Deutsch en su *Juicio de Paris*, nos ofrece un auténtico pie cuadrado en el príncipe troyano.

Hemos de llegar al impresionismo para volver a ver este tipo de pie en *Las cinco bañistas* de Cézanne y, enseguida, al pintor que refleja los pies cuadrados, quizá más característicos de la Historia del Arte, Paul Gauguin, que nos los ofrece repetidamente, como podemos observar en sus cuadros *Mujeres de Tahití* y *Nevermore*.

El cubismo nos trae los pies cuadrados de Picasso en *El alba* y en *Guernica*, esta última, quizá su obra más famosa, aunque cubista, absolutamente cargada de distorsión expresionista. De la primera mitad del siglo XX, Fernand Leger, llamado el “primitivo de los tiempos modernos”, también pinta pies cuadrados en *El ocio*, obra en la que culminan sus estudios sobre ciclistas y en *Dos mujeres con flores*, tal vez la primera obra en la que el color se desentiende de la forma, adquiriendo total autonomía. Precisamente, hoy hace una semana que se inauguró en la Fundación Miró de Barcelona, una exposición antológica, con 150 obras suyas, incluidas las dos que hemos expuesto, que constituyen, al decir de la comisaria de la muestra, Brigitte Hedel Samdon, toda la trayectoria del artista, que constituye una “síntesis entre el mundo moderno y la tradición”.

La última muestra recogida de pie cuadrado, corresponde al padre del arte *naif*, Henri Rousseau, que los plasma en su cuadro *El sueño de Yadwigha* en el que la protagonista aparece tendida en un canapé rojo, entre un fondo floral de fauna y selva.

El *pie egipcio*, llamado así por ser frecuente, aunque no exclusivo en las estatuas de los faraones, como después veremos, representa el 69% de la población, si bien, como también se comentará posteriormente, no es el más representado en la Historia del Arte. Se caracteriza por el mayor tamaño del primer dedo, siendo los demás decrecientes por orden y tamaño.

Y, efectivamente, Sesostri I, faraón de la XII Dinastía, nos muestra sus pies egipcios y también una portadora de ofrendas en su estatua de madera, perteneciente a la misma época, lo mismo que la reina Hatshepsut en su majestuosa estatua de mármol y su esposo y hermano Tuthmosis III, representantes ambas esculturas, del arte egipcio del Imperio Nuevo.

Pero también podemos ver pies egipcios en el arte sumerio, como en la admirable estatua del Patesi Gudea, e incluso en el arte paleo-cristiano del siglo IV en esta hoja de marfil del *díptico de los Nicómanos y los Símmacos*.

El *pie griego*, que recibe su denominación porque es el que representan las estatuas de la época clásica y aún del periodo arcaico griego, se caracteriza porque el segundo

dedo es más largo que el primero, a veces de longitud similar al tercero y mayor que cuarto y quinto. Y aunque lo posee sólo el 22% de la población actual, es, sin duda, el más representado, tanto en la escultura como en la pintura, a lo largo de todos los tiempos y por casi todos los artistas. Es posible que esta casi unanimidad, sea debida a haber tomado como modelo a las magníficas esculturas de la Grecia clásica en la que imperaba el afán de belleza y perfección. Otra explicación que se me antoja es que, siendo el pie egipcio el más expuesto, ya que se sobrecarga más con el calzado y predispone a deformaciones que tendremos ocasión de considerar, como *hallus valgus* o *juanetes* y *hallus rigidus* (artrosis metatarso-falángica del primer dedo), si contabilizáramos estas alteraciones, tan frecuentes en las representaciones pictóricas, como primitivo *pie egipcio*, casi daríamos vuelta a la estadística que el arte nos ofrece. De todas formas, veamos su auténtica hegemonía.

En el mismo arte egipcio podemos ver que el faraón Kefrén, de la IV Dinastía, posee unos pies griegos característicos del mismo corte de los que presentan Micerino y su esposa Khamerer-Nebti.

Y en la escultura griega, los vemos en la *Afrodita de Eros* y en el *Hermes* de Praxiteles y en el *Ares Ludovisi* de Lisipo y en la bella y gracil *Afrodita de Rodas*, del periodo helenístico.

¿Se inspirarían en estos pies griegos el gran Miguel-Ángel cuando esculpió su *David* y nuestro Gregorio Hernández al componer su *Piedad* y más tarde, Canova en su obra *Teseo y el Minotauro*?

Los pintores por su parte, parece que también siguieron el dictado de la escultura griega pues en su inmensa mayoría, como hemos dicho, representan dichos pies. Los encontramos en Italia, desde Giunta Pissano y Giotto, en el siglo XIII, pasando por Fra Angélico y Piero della Francesca, ya en pleno *Quattrocento*, hasta llegar a Botticelli y Leonardo.

El primero, no sólo en su *Nacimiento de Venus* del que habremos de tratar más adelante, sino que pinta pies griegos en todas sus obras, como en *Judit* o en *Palas Atenea dominando al centauro*. Leonardo nos ofrece los mismos pies en su composición *La Virgen y el Niño con el cordero y Santa Ana*.

Posteriormente, muchos más pintores, también italianos, nos muestran el pie griego en sus obras: Antonio Brazzi, *el Sodoma*, en su obra cumbre, *El martirio de San Sebastián*; Tiziano en su *Danae recibiendo la lluvia de oro*; Rafael en sus *Madonnas degli ansidei, del jilguero y de Foligno* y en un cuadro, a él atribuido, *La Sagrada Familia*, considerado por nuestro Felipe IV como “la joya de su colección”; Correggio, en su *Danae*; Bronzino pone pies griegos a *Venus y Cupido* y Parmigianino en su *Madonna dei collo lungo* (Fig. 1) y el Veronés en *Marte y Venus unidos por el amor* y, por fin, Zacopo Zucchi en su *Eros y Psiquis*.

Fuera de Italia, también otros artistas repiten los pies que inmortalizaran Lisipo y Praxiteles; así, Durero nos los ofrece en sus *Adán y Eva*, tanto en el grabado como en la pintura y, más tarde, nos los encontramos también en la pintura flamenca, en *Júpiter y Antíope*, de Van Dick.

Para finalizar esta galería apresurada del *pie griego*, debo citar el bellísimo de *Ariadna*, pintado por John Vanderlyn del que volveremos a tratar en un apartado posterior.

Pero demos un paso adelante —no en vano estamos hablando del pie— y adentrémonos en su patología, o para ser más exactos, en sus deformaciones.

El *pie plano*, caracterizado por el aplanamiento del arco longitudinal interno, lo encontramos prácticamente en casi todas las representaciones pictóricas egipcias, aun-

que es más evidente en la escultura; veamos de nuevo la estatua sedente del faraón Kefrén y el pie izquierdo de la reina Khamerer- Nebti. También lo evidenciamos en un relieve del arte asirio que representa un arquero y su escudero y en la escultura de Epigonos, *Galo moribundo*, del periodo helenístico y en el arte romano, en el pie izquierdo de Orestes, a quién acompaña Electra, su hermana y salvadora.

El *pie cavo*, opuesto al anterior, ya que se produce por un aumento del arco longitudinal interno, es el que se nos ofrece en el arte, especialmente en la pintura, al intentar reproducir unos pies jóvenes y fuertes, llenos de vigor, sobre todo cuando lo que se representa es una escena dinámica, o sea, que nos quiere transmitir sensación de movimiento.

Esto es lo que deducimos, por ejemplo, en *El sacrificio de Ifigenia*, pintura griega de alrededor del siglo IV a.C., en la que Diomedes y, sobre todo, Ulises, presentan unos rotundos y típicos pies cavos. También podemos observarlos en una muestra del arte etrusco, *Sátiro arrastrando a una ménade*, en la que además de cavos, son de enorme longitud. Y como paradigma de tipicidad, hemos de citar *El rapto de las hijas de Leucipo* de Rubens (Fig. 2); los pies de Hilaria y Febe, las leucípidas, aun vistos desde las plantas, revelan los apoyos anteriores y posteriores bien marcados, como corresponde al pie cavo.

Pero éste puede observarse también en actitud estática, como vemos en Nefertari, la esposa del faraón Ramsés III, en una pintura de su tumba; o en *La flautista*, quizá el primer desnudo femenino de la Historia del Arte, perteneciente al arte griego arcaico; o en la *Afrodita de Cnido* de Praxiteles, que, como su homónima romana, la *Venus de Cirene*, nos muestra unos pies poderosos, fuertes, evidentemente cavos. También los vemos en estatuas masculinas como la de Antinoo, el joven bitinio por el que el emperador Trajano sintiera mórbida pasión y en la del emperador Augusto, con pie cavo y discretamente varo.

Asimismo, en el arte maya, en la llamada *Lápida de Madrid*, bajorrelieve de la pintura palencana, vemos que la figura de hombre representada, posee unos pies cavos característicos.

Más adelante, en el siglo XIV y en pintura mural, en un detalle de la *Anastasis* del ábside de San Salvador de Cora de Constantinopla, vemos a Cristo sacando de sus tumbas a Adán y Eva, con un pie derecho cavo en su perfil y el izquierdo anormalmente ensanchado en la región metatarso-falángica.

Entre los pintores, Bronzino los plasma en su *Venus y Cupido*, cuadro ofrecido anteriormente al hablar del pie griego, como otro manierista, Parmigianino, que ofrece la misma combinación de pie griego-cavo, en su *Madonna dei collo lungo*. Otro tanto podemos ver en *Neptuno y el navío de Ulises* de Tibaldi, que nos muestra el pie derecho cavo, "cavísimo", del rey de Ítaca, así como Botticelli, una y mil veces en sus retratos de Simonetta Vespucci de la que, más adelante, hablaremos cumplidamente.

Como contrapunto y también como complemento de esta galería de pies cavos, me atrevo a citar y presentar la *Mujer sentada*, de John de Andrea, escultura en poliéster de tamaño natural, realizada en 1.972, que muestra, entre otras muchas cosas, unos pies cavos, absolutamente típicos.

Al tratar del *pie equino*, he de aclarar que sólo me referiré al que realmente representa la deformación, que se caracteriza por apoyar, únicamente, la parte anterior, quedando al aire el talón. Como muestra arquetípica, el arte nos ofrece *El niño cojo* de José de Rivera, que sonrío a pesar de su minusvalía y su pobreza y parece representar el tema popular de la picaresca. Y como contraste, para que veamos el amplio muestrario de pies patológicos, en pleno surrealismo con un tema tan clásico como *Héctor* y

Andrómeda, Giorgio de Chirico nos ofrece el pie derecho equino de ella, dentro de la "surrealidad" de pies cavos, casi triangulares y oligodactílicos. Más actual, el "pop-art" nos muestra de la mano de Alen Jones, dos impresionantes pies equinos en su sumamente erótica *Compañera ideal*.

Busquemos ahora en el Arte *pies varos y valgos*; para diferenciarlos fácilmente, digamos que los primeros son los que, en posición erecta, muestran las plantas o parte de ellas, mirando hacia dentro, en tanto que el valgo, lo hace hacia fuera..

Pies varos vemos en *La enana*, obra correspondiente al arte helenístico, que plasma las deformaciones de esta mujer, en su deseo de aprehender la realidad; y en esta bella figura femenina del arte indio del siglo X; y en el mismo Jesucristo en un relieve del Monasterio de Santo Domingo de Silos, típico del arte románico español, que en su concierto de pies, nos ofrece además, un pie equino en la figura central y valgos en las dos figuras de la derecha.

Durero, ya lo vimos antes, en sus *Adán y Eva*, tanto en los representados en la pintura como en el grabado, además del antepié griego citado, evidencia en ambas figuras, pies cavos y discretamente varos.

En cuanto al pie valgo, hemos de indicar que aparecen frecuentemente en el arte, sobre todo en esculturas, *falsos valgos*, que adoptan tal actitud a consecuencia de la discreta flexión de la rodilla, como son los casos del pie izquierdo de la *Venus de Cirene*, del derecho de *La bailarina en su camerino* de Degas y de las dos "gracias" laterales de la obra de Arístide Maillol, ya en pleno siglo XX.

Pies valgos genuinos, además de los citados antes en el relieve de Santo Domingo de Silos, creo reconocerlos en la figura de Cristo en el díptico de marfil del siglo IX, correspondiente al arte prerrománico carolingio.

No podemos terminar la exposición de la patología anatómica del pie, sin referirnos a los que podríamos denominar *pies elementales o apresurados*, que encontramos pródigamente en la pintura egipcia, cavos o planos, pero realizados de forma elemental, sin ningún detalle, parecidos, casi semejantes, a los que podemos ver representados en las miniaturas mozárabes del siglo X, tanto en las correspondientes a los *Comentarios del Apocalipsis del Beatus de Liébana*, de Magnus, como a la *Miniatura del Beatus de Génova*, firmada por un presbítero, Emeterio, discípulo del anterior y, por primera vez en la Historia del Arte, por una mujer, llamada Eude; estos pies *apresurados* son, efectivamente, casi idénticos a los egipcios, a pesar de separar a ambas producciones artística, más de 2.500 años.

Pasemos ahora a considerar la patología de los dedos y en ella destaca por su exhaustiva repetición en el Arte, el *hallus valgus* o *juanete*, que consiste en una desviación hacia dentro, del primer metatarsiano y subsiguiente desviación hacia fuera del dedo gordo.

Es una deformación del antepié muy frecuente en la mujer, aunque no exclusiva y de causas no demasiado bien explicadas, aunque se han atribuido a trastornos de la estática, al uso de zapatos de tacón alto y punta estrecha, e incluso, a factores hormonales que explicarían el *hallus valgus juvenil*.

Hay quien llega a afirmar que existe un especial biotipo de mujer, que respondería a las siguientes características: edad media, con notable aumento de peso corporal y existencia de acusada celulitis en caderas y muslos, reveladora de un trastorno endocrino y, además, antepié ensanchado con el primer dedo en valgo. Tal parece que la des-

cripción se refiere a las mujeres de Rubens, por ejemplo la figura femenina de *Susana y los viejos*, o a Minerva en el *Juicio de Paris*, o a Andrómeda, e incluso, a *Las tres Gracias*.

Pero surge una contradicción: ninguna de estas mujeres son prototipo de edad avanzada, ni Susana, ni Minerva, ni Andrómeda, ni las figuras laterales de *Las tres Gracias*, que representan a las dos esposas del pintor; a la derecha, la primera, Isabel Brant, fallecida a los 35 años y a la izquierda, Elena Fourment, casada con 16 años, contando sólo 28 cuando falleció Rubens. Por tanto, el biotipo trazado, se destroza. Más aún, cuanto tratemos de Botticelli y de su inseparable modelo, Simonetta Vespucci, canon de belleza en su tiempo, la veremos siempre representada con acusado *hallus valgus* y ¿puede decirse de Simonetta que había perdido su juventud y que tenía un trastorno endocrino?

Otro tanto podemos afirmar de Leda, la madre de los Dióscuros, Cástor y Pólux, que vemos en un lienzo atribuido a Leonardo da Vinci, en cuya figura, joven y hermosa, podemos ver, efectivamente, un primer dedo muy corto, ligeramente valguizado. O de Venus, en el cuadro de Tintoretto *Marte y Venus sorprendidos por Vulcano*, o de Aurora, representada como una bella mujer en la obra de Guido Reni.

Pero es que, además, el *hallus valgus* también afecta a los varones y se ha querido escoger otro arquetipo, en la pintura del Greco; es verdad que en su copiosa iconografía mística, vemos las imágenes de Cristo con un primer dedo corto y valguizado, como sucede en *El expolio* y en *La Santísima Trinidad*, asegurándose que esta deformidad en un Cristo descendido de la Cruz, parece aumentar el sentido de sufrimiento, al representar unos pies crispados por el dolor. Yo sólo encuentro en este cuadro, a Jesús muerto, con un acusadísimo *hallus valgus* en su pie izquierdo, sin ningún tipo de crispación en sus dedos. Por otra parte, toda la pretendida simbología mística que pueda aportar a las pinturas del Greco esta deformación, queda negada por la reiteración que, al respecto, encontramos en muchos de sus cuadros: *San José con el Niño*, *San Bernardino de Siena*, *San Andrés* y *La Resurrección de Cristo*, en el que aparece la figura de un romano, tendido de espaldas, mostrando en su pie derecho un generoso *juanete*; e incluso, en *La Anunciación*, tal defecto aparece en el arcángel San Gabriel, aunque la muestra más palpable de su nulo simbolismo místico, lo encontramos en otro cuadro suyo de tema mitológico, *Laoconte y sus hijos*.

Por cierto, vamos viendo que el *hallus valgus* también es cosa de hombres, como lo ratifica el propio Laoconte en el grupo escultórico que realizaran Agesandro, Polidoro y Atenodón de Rodas (Fig.3), muestra que constituye una excepción por cuanto el *juanete* no existe prácticamente en la escultura y si Laoconte los tiene, seguro que se debe a esa especial finalidad de aprehender la realidad que caracterizó al arte helenístico.

Y *juanetes* de hombres seguimos viendo en el *Bautismo de Cristo*, de Leonardo y Verrochio, pintura en la que es fácil adivinar qué parte es de cada uno; y en el pie derecho del dios de la guerra, en *Marte y Venus sorprendidos por el amor*, de Veronés y en el *Polifemo* de Pellegrino Tibaldi y en el propio Adán, en la cúpula de la Capilla Sixtina.

Despejado pues, de arquetipos femeninos y místicos, seguimos encontrando *hallus valgus* en múltiples producciones artísticas, que finalizo exponiendo el *Cristo amarillo* de Gauguin.

Si es verdad, y creo que lo es, que los pintores de siempre fueron –hoy, no todos– copistas de la Naturaleza, utilizando el realismo como norma y sus manos reflejaban lo que sus ojos veían, hay que terminar admitiendo que el *hallus valgus* sí que fue, desde siempre, enormemente frecuente.

Dentro de la patología de los dedos de los pies, hemos de citar también el *hallus extensus*, los *dedos en garra*, y las *oligo, poli y sindactilias*. No he encontrado representaciones fiables de *hallus flexus* ni de *dedos en martillo*.

El *hallus extensus*, de formación inversa, como es lógico, al *flexus*, se caracteriza por la desviación hacia arriba, en extensión, del dedo gordo. Lo podemos encontrar en una escultura del Pollaiuolo, *Hércules y Anteo*, en el pie del gigante dominado en su lucha con el héroe. También lo dibuja Manet en el pie derecho de su amiga Victorine Meurend, dentro del cuadro *Almuerzo sobre la hierba*.

Ingres, en su *Edipo y la esfinge*, pone en el pie del rey de Tebas, un dedo gordo extendido y los cuatro restantes, en garra (o sea, con ambas articulaciones interfalángicas en flexión). Esta misma asociación podemos observar en el primer hombre de la izquierda del cuadro de Rubens, *El martirio de San Livino*.

Dedos en garra también vemos en dos esculturas de Alonso Berruguete, *El sacrificio de Isaac*, en la figura de éste y en la *Adoración de los Reyes Magos*, en el pie derecho de San José, así como en la pintura de Rembrandt, *Sansón cegado por los filisteos*. Por fin, también los encontramos en una pintura japonesa del siglo XVIII, *Luchador de sumo*.

En cuanto al número de dedos, podemos comprobar *oligodactilia* en esta figura funeraria maya de terracota y en todas las representadas en el pasaje de la multiplicación de los panes y los peces del mosaico de la basílica de San Apolinar el Nuevo, de Rávena y en el pie izquierdo del *Pantocrator*, reproducido en un ábside del monasterio copto de Bait, ambos de arte paleocristiano.

Oligodactilia con *sindactilia* (unión de dos o más dedos), las vemos en una terracota chipriota del arte prehelénico, que encarna a la Divina Madre, símbolo de la fecundidad y, por fin, *oligodactilias* y una *polidactilia*, en el cuadro surrealista de Wilfred Lam, *La jungla*.

Realmente en muchas representaciones artísticas, sobre todo pictóricas, encontramos reunidas diferentes deformaciones de los pies. Veamos, siguiendo un orden cronológico, algunos ejemplos de dicho casos que, intencionadamente, no se han descrito en los apartados anteriores.

Y así, comprobamos en un relieve del friso norte del *Tesoro de los Sifnios*, en la isla de Sifnos, que representa la lucha entre dioses y gigantes –Artemisa y Apolo ponen en fuga al gigante Kántaros- el pie derecho de ella, cavo y con dedos en garra, muy parecido a las patas del León de Cibeles, inmediatamente detrás.

En el arte bizantino, en la cubierta de un Evangelionario del siglo XI, vemos la figura de Cristo, cuyo pie derecho, evidentemente deformado en general, presenta, además del clásico antepié griego, un *hallus valgus* característico; el izquierdo, sin embargo, es un pie “apresurado”, como dimos en llamar a los representados en las pinturas chinas y mozárabes.

Cornelis Cornelisz, pintor manierista flamenco, que vivió entre los siglos XVI y XVII, en su *Bodas de Thetis y Peleo*, pinta un *hallus extensus* en la mujer que yace a la izquierda del cuadro y en las dos figuras centrales, vistas de espaldas, observamos las plantas de los pies con fuerte apoyos en el talón y antepié, propios del pie cavo. Y otro manierista tardío, Abraham Bloemaert, nos ofrece en su *Festín de los dioses*, unos dedos en garra, en el hombre tendido a la derecha y en el centro y abajo del cuadro, podemos observar la planta de un pie cavo (cuyo dueño no aparece representado) y un *hallus valgus* derecho en el joven lector, tal vez Baco, que casi abraza a una diosa.

El mismo Greco, en el *Martirio de San Mauricio*, da un verdadero concierto de pies cavos, valgus, deformes, etc., entre los que abunda el *hallus valgus* y en su *Apocalipsis*,

vemos, además de *juanetes*, pies equinos y deformes.

En el postimpresionismo, Gauguin en su cuadro *¿Cuándo te casas?*, dibuja unos pies grandes, cuadrados, con dedos en garra en el izquierdo y un evidente *hallus extensus* en el derecho y en *Los días deliciosos*, la primera mujer de la izquierda, tiene, además de los pies grandes, como todas sus compañeras, el derecho, ligeramente cavo y el izquierdo, con todos los dedos muy separados. También parece tener un pie derecho varo, la joven con diadema, situada al fondo; en general, este pintor, de expresividad simple y clara, subordina el refinamiento de las formas al gran simbolismo que reflejan sus cuadros.

Otro simbolista fue Ferdinand Doler, que en los años finiseculares del XIX, pintó *El Día* y *La Noche*, composiciones murales en las que también deja ver pies cavos en distintas proyecciones y diversos *hallus valgus*.

La Musa, de Picasso (Fig.4), pintada en 1.935, que al decir de sus exegetas, representa “uno de los análisis estructurales más agudos y profundos que ha realizado dicho pintor”, lo que sí es verdad es que, además de pies cavos, tiene una oligodactilia en el pie izquierdo y en el derecho, el segundo dedo montado y cuádruple sindactilia. Por otra parte, en *Los tres músicos*, cuadro realizado en 1.921, en el que parece regresar al cubismo sintético, huye de su característico “curvismo” y dibuja pies poligonales de diversa factura.

Arshile Gorki, pintor que marca la transición entre el surrealismo y el expresionismo abstracto, nos expresa sus angustias metafísicas en *Los esponsales II*, cuadro que, en primer término, nos brinda un pie que, más que sindactílico, es una auténtica paleta de buceo.

El “divino Dalí” nos deja una muestra de un par de pies cavo-equinos, en su insólita pintura de aún más insólito título: *Dionisios escupiéndole la vista panorámica de Cadaqués sobre la punta de la lengua de una mujer con tres anaqueles...*

Y para finalizar este muestrario casi interminable y, por otra parte, poner la guinda en la poligonal tarta de pies absurdos y simbologías extrañas, citemos el cuadro de Max Ernst, *Los hombres no se enterarán*, en lo que tiene toda la razón, evidentemente.